

blicación, nos impida publicarlo integramente en este número. Lo continuaremos en el siguiente, y con respecto al Sr. Teixeira, solo hemos de decir, que con una visita ha conquistado Cuevas.

Ha aquí el artículo de referencia.

Las minas de Sierra-Almagrera

El viaje es penoso. Se sale de Madrid a las ocho y treinta de la noche y se llega a Alcantarilla en las primeras horas de la mañana del día siguiente. Desde dicha estación a Pulpí (que es donde se toma el coche que conduce a las minas), se tienen que hacer tres cambios de tren; el material de ferrocarril es detestable; subió, viejísimo; las esperas en las estaciones de transbordo son largas; el paisaje del trayecto, netamente africano. Casas, mochas, cuadradas, sobre las que se inclina el airon de una palmera, blanqueza de este polvo cernido que y muelle como harina que lo recubre todo: camino, casas, pitas, chumberas. Esta región podría titularse la «Tierra del polvo». Hace años que no llueve. Alguna vez que llovió, llovió con violencia de catara, arrasando, inundando, destruyendo... La tierra, gredosa, conserva endurecida las resquebrajaduras que abrieron los torrentes; un viejo árbol sin copa alza entre los terrones calcinados las astillas de su tronco que resistió la corriente devastadora, y quedó allí erguido como una maldición: las copas desmenuzadas de otros árboles que arrasó la avalancha y quedaron sumidos, asoman entre la grava blanquecina amontonada entre los recodos de las vertientes que van al río... un río que ya no lo es, que lo fue allá en otros años; un río del que sólo queda el nombre y el cauce seco, rugoso, polvoriento, sin una adelfa que ponga la nota roja de su flor en las riberas tristes, sin juncos que las refresquen, ni mastransos que las perfumen, ni pájaros que las alegren. Qué tristes paisajes, abrasados de sed, ahogados en polvo, cenudos, hostiles, que punzan con sus cardos crepitantes, con sus chumberas, que tienen en los bordes jibosos de las hojas las verrugas de su fruto, duzón erizado de púas...

Avanza nuestro coche lentamente, fatigosamente, a través del desierto blanco... Surcan las bestias jadeantes. Alguna vez se detienen resoplando, sacuden las orejas y vuelven a arrancar, lentas. Y así, una hora y dos horas... y tres. Al fin, allá en la falda de la sierra imponente que ciñe el paisaje, se divisa una mancha verde rodeando un grupo de edificaciones risueñas, el Desagüe. Mi acompañante me va indicando con el dedo el objeto a que se destina cada uno de dichos edificios... Aquella es la galería de calderas... aquella otra el taller y las oficinas; la nave de motores exteriores... Nos vamos aproximando... sonríe ya la civilización... yérguense árboles esbeltos a los lados de una carretera bien bien cuidada; las caballerías del coche trotan adivinando el pieguo, próximo; una brisa fresca con olor a jardín regado nos acaricia... Se detiene el coche, descendemos. Pisan grava limpia nuestros pies blancos de polvo. (Un oasis... grandes cactus, palmeras, verdes, macizos de raygras sedoso; al fondo un chalet moderno)... De una mecedora se levanta, sorprendido y amable, salacot en mano, el ingeniero Director de la explotación.

— Señores...

— Mr. Cousin.

— Esto es un paraíso imprevisto, un oasis en el desierto de polvo, la transición es agradabilísima, el contraste encantador...

Mr. Cousin, que es un enamorado de su obra, sonríe, sonríe siempre... La tierra de aquel jardín tuvo que traerse de muy lejos; aquellos árboles, aquellos cactus, aquellos raygras, él los plantó...

Ahora verán algo de la instalación... Trepida un motor: el de las aguas frías. Los demás motores callan, apagadas las calderas alineadas como fila de guerra de combate, inmóviles las volantes enormes, los embolos bruhidos, las palancas poderosas, todo lo que constituía el alma, la fuerza, la vida del desagüe (que era la vida toda de la Sierra y que se detuvo hace meses). Su quietud, que entristece a Mr. Cousin, nos entristeció a todos...

Una leve vedija de humo se rizaba en la alta chimenea, desahuciándose en el viento. Un soplo de vida.

Se continuará...

Rogamos a todos los lectores se suscriban en honor a los altos fines que persigue este semanario.

AGRÍCOLAS

Es la amistad en sus justas proporciones, lo que el medicamento para la salud del cuerpo si se abusa de ella, prodigándola a las personas rebasando las reglas de la conveniencia, como aquel, en vez de curar, ocasiona disturbios y desarreglos que bien pueden comprometer la vida del enfermo, sometido a tratamiento.

Es el caso, que estando yo en Villariques disfrutando de las hermosas playas de nuestro Mediterráneo, se me presentó un amigo a quien debo amistad y afecto sin límites, y después de las cortesías de rubrica, sin yo esperar, y de pronto, me propina el siguiente chaparrón, diciéndome: V. se ya a encargarse de la sección de Agricultura en el periódico que vamos a crear. — Hombre... poco a poco: yo siempre estoy dispuesto a complacer a mis amigos, pero, en cosa que yo entienda y sepa hacer, no en lo del periódico, que estoy a la altura de cualquier ciudadano que no haya hecho nunca tal cosa; entiendo yo, que no es justo que nuestra amistad me obligue a hacer el ridículo.

En primer lugar, me replica mi entusiasmado amigo, los trabajos que V. haga de Agricultura han de ser tratados de una manera sencilla y práctica, nada de tecnicismos y frases científicas, que estarán bien para profesionales de este ramo del saber, pero impropios para labradores y modestos propietarios, que serán los encargados de llevar a la práctica lo que V. aconseje, sin ol-

vidar, que la mayor atención de su parte, será poca, para cuanto se relacione con la Agricultura Regional. Es decir, que es la sección de nuestro semanario, ha de consagrarse en toda su mejora la Agricultura de este amado rincón de nuestra España; siempre contando con los medios económicos de labradores y propietarios, así es, que V. no podrá recomendar aquello que aun siendo bueno para otro lugar, en esta comarca no tenga aplicación práctica.

Además, hemos acordado los que formamos la redacción del periódico, dedicar un espacio a consultas para nuestros labradores, a fin de que ellos puedan pedirnos consejos sobre enfermedades de los vegetales y mejoras de sus tierras, siendo condición precisa para poderlas contestar, que sean hechas por un suscriptor, y sobre todo, que las preguntas vayan expuestas de una manera concisa y categórica, y de esta forma, podremos atender a todo y a todos.

En segundo lugar, V. está obligado como todo hijo de Cuevas, a ayudarnos en la obra de regeneración de este país, así es que el periódico con su poderio indiscutible puede en parte conseguirlo.

Hechas estas aclaraciones por mi amigo, y no encontrando de mi parte fuerza de argumentación para contrarrestarlas, heme aquí futuros lectores, dispuesto a trabajar con fe y entusiasmo para que tenga vida este periódico, aunque yo sea como decía al principio, víctima de un exceso de medicación.

Y para terminar, me dirijo a los agricultores, los que pueden estar de enhorabuena, al tener un periódico local, con el que pueden contar, para todo aquello que sea elevar el nivel de su Agricultura.

SECCION FEMENINA

Para dar una prueba más de que nuestro semanario es para todos y por todos, no hemos olvidado a la bella mitad del género humano, objeto preferente de nuestras vivas y respetuosas simpatías. Con tal fin hemos conseguido que una bella y distinguida

dama, residente de esta comarca, se comprometa a enviarnos de cuando en cuando algún trabajo que de amabilidad e interés a nuestra publicación. Nuestra gentil colaboradora no nos ha impuesto más que una condición: que su nombre permanezca en el secreto, y que sus escritos aparezcan bajo el pseudónimo de Lady Spencer. Prometemos a fuer de caballeros,

que por nosotros no se ha de descubrir el nombre de nuestra simpática colaboradora. Llenos de respeto y agradecimiento enmudecemos ante ella y la dejamos en el uso de la palabra.

Queridas lectoras:

Un redactor de EL IMPARCIAL DE LEVANTE, ha venido expresamente desde Cuevas a esta, hacienda del término municipal de la Ciudad de V. donde reside y prevalido de la grande amistad que tiene con mi marido, me ha comprometido con amable insistencia para que tome también mi parte en las tareas periodísticas de la novel publicación. No se por donde el olfato periodístico que es tan sagaz como el del mejor policeman, ha sabido que allá en mi primer mocedad hubo de empuñar más de una lanza en suaves torneos literarios. En el Colegio Carmelitano de París, donde la honrad de mis queridos padres, que en gloria están, me hizo tomar ese barniz de ciencia y arte, del cual ciertamente con el no uso, bien poca brilla me queda, he de escribir bastante para publicarlo en el periódico trilingüe que aquella santa patria editaba, y si os he de ser franca, con la misma facilidad lo haré en nuestra riquísima lengua de Cervantes, que en la de Molière y Shakespeare, mereciendo no pocos plácemes no solo de mis condiscípulas sino de la buena Madre Superiora y de mi maestra la inteligentísima Sor Fanny, pero hijas mías, han pasado ya cerca de veinte años y mis ocupaciones de ama de casa embargan mi atención de tal suerte que muchas veces no me dejan leer ni el diario informativo de noticias, y siempre en lugar de la pluma y la máquina de escribir, cojo la aguja y la máquina Singer para arreglar las pre-